

Escancie

Episodio de los perros suicidas

Mónica Judith Macías Villalpando

1

El apego o desapego que sentía por personas y animales radicó en el aroma, al menos fue lo que sabía de sí mismo. Cuando era niño, Olaf no era consciente de su selección olfativa y su actuar era accionado por un resorte invisible. Odió al profesor de Educación Física por obligarlo a correr detrás de un balón, bajo el recalcitrante sol que liberaba vapores salinos en los cuerpos de los jugadores. Evitaba a cualquiera con aliento a cloaca por las bacterias y el sarro acumulado. Para evitar detectar la pestilencia en aula, pedía a su maestra que lo dejara cerca de una ventana, aún y con esta previsión el salón, sobre todo en primavera, era una vorágine de ropas impregnadas de flatulencias, grasa del cuero cabelludo, vapores de comida casera en los cabellos de las niñas.

Al cursar el bachillerato, le sorprendió el tufo que despedían las señoritas o, a decir de Olaf, puestos ambulantes de pescadería cuando manchaban de menstruación los uniformes. Fue durante esos tres años escolares que notó la diferencia entre su olfato y el de sus compañeros. Tiempo atrás, había creído que todos percibían la misma información olfativa que él, y decir «hueles a mierda, no te acerques» era un comentario que hacía justicia a la verdad, pero carente de diplomacia. Con esta peculiaridad en la que su nariz se metía en cualquier asunto, Olaf tenía pocas amistades.

En casa la situación no era distinta a la escuela. Sospechaba el intercambio de fluidos entre sus padres por el olor que despedían. Perdía el apetito cuando su madre servía la comida envuelta en *ese* aroma brotando del pelo, la boca y el cuello. Ante el constante bombardeo odorífero, buscó regocijarse en aquellos que le agradaban. Gustaba de los paseos que su maestra Valeria realizaba entre las filas, sobre todo cuando había exámenes, pese a que lo distrajera de las preguntas, reconoció que ese instante que duraba las notas discretas del cítrico lo hacían flotar. Adoró el aliento de los cachorros: lo comparaba al de una caja de cartón humedecida con leche tibia. Cuando eran vacaciones y su familia no salía de viaje, abría la ventana de su habitación para dejar entrar el viento aromatizado de pan horneado de la panadería. Sentía que con solo aspirar el aroma de los panecillos no necesitaba comerlos para sentirse satisfecho. Caminaba al atardecer por las jardineras de las casas vecinas que tenían plantas huele de noche y llegó a sostener que esa planta era una variación de las gardenias. Así pasó sus días Olaf entre los deberes cotidianos y los olores. Años después, fue claro que obedecía

inexorablemente a las reacciones de su nariz y las decisiones no fueron del todo venturosas.

2

Tuvo un gato al que adoraba por el aliento de su hocico. Si me permiten opinar sobre este peculiar gusto, diré que la nariz de Olaf adquirió nuevos gustos por aromas fétidos, por lo que más o menos se adaptó a este fecundo mundo de olores. Como resultado de esa adaptación, permitía que el minino durmiera recostado sobre su pecho. Adoraba las oleadas tibias del aliento carnívoro de su mascota.

Una mañana, después de hacer las compras, en el estacionamiento del mercado, escuchó el maullido de un pequeño gato debajo de un automóvil. Olaf le ofreció una promesa invisible entre la punta de sus dedos que acompañó de un ¡chsst, chsst! El animal fue a su encuentro. Era pequeño, atigrado y de ojos cielorones. Lo llevó a casa y decidió bañarlo. Su gato Wika recibió con aparente indiferencia al recién llegado. Días posteriores Olaf acercó su nariz al hocico del recién llegado, le pareció que el aliento era apenas perceptible. Lo dejó de inmediato y tuvo reservas con él. La presencia del gato comenzó a inquietarlo por su falta de olor. Por otro lado, Wika no toleró el vigor y los juegos del cachorro, pasaba afuera de casa más tiempo que el acostumbrado.

Una mañana, Olaf dejó abierta la puerta y se dijo que la curiosidad del pequeño invitado sería la mano invisible que lo echaría de su tranquilo hogar. Así fue. El gatito salió, jugueteó un rato, pero luego exigía con agudo maullido que le permitiera entrar. Para callarlo toleró la presencia inodora y juguetona del cachorro. Olaf tenía la idea de que un ser sin olor debía ser nada en la existencia. Sin meditarlo más, lo subió al auto y en un lugar poco transitado lo abandonó. La casa tornó a su habitual tranquilidad.

3

Olaf conoció a Cielo en un bar. Por segunda vez en su existencia, la fragancia de una mujer le nubló la razón, pero esta vez todo fluyó de manera natural y se condujo con total seguridad por lo que no hubo necesidad de emplear tretas ni palabras calculadas para la conquista. También desapareció la noción del

tiempo. El aroma de esa mujer ofreció un mundo de desasosiego. Después de darse cuenta de que las palabras fueron innecesarias y que habría tiempo para ellas, ambos durmieron la fatiga de los amantes. Al despertar, Olaf resintió una tremenda ausencia. Extrañamente ella no flotaba más en la habitación, pese al bulto en la cama que denunciaba su figura profundamente dormida. Despertó sobresaltada, se cruzó con la mirada enfurecida que le clavaba su amante, la desconcertó la pregunta que le hizo.

—¿Qué perfume usas?

—¿Qué dices?

—Pues, eso, te pregunto por el nombre del perfume que usas.

—*Envy*.

—No dejes de ponértelo o serás nadie.

Cielo tomó eso como un elogio atípico. Continuaron viéndose un par de meses y Olaf reconoció que el aroma del perfume era el bálsamo perfecto acompañado con el cuerpo de esa mujer. La nota discordante en la historia de Olaf fue que el perfume de Cielo se terminó y, un día, la marca fue discontinuada. Él no toleró esa ausencia en su nariz y un buen día tomó el auto con ella dentro y pasaron sin rumbo fijo.

—¿A dónde vamos? ¿Qué sorpresa me tienes?

—Te paseo mientras te cuento una historia que es muy importante para mí. Por favor, solo escúchame. De niño tuve una teoría absurda sobre los perros atropellados en carretera.

—No entiendo. ¿Sucede algo?

—No lo entenderás si me interrumpes, cariño. Creía que los perros abandonados se lanzaban intencionalmente a los autos, que se mataban. Esa era la razón por la que había tantos en carretera. Después me pregunté, ¿por qué diablos un perro haría eso? Concluí que lo hacían por la tristeza y el miedo de saber que están solos y que son nada cuando sus amos los dejan. Cuando éramos niños, mi hermano y yo tuvimos un cachorro al que llamamos Cuervo porque su pelaje negro a la luz del sol reflejaba colores tornasoles como las plumas de esa ave.

—¡Para, para! ¡No tienes hermano, Olaf!

—No, no lo tengo, pero es mi historia y necesito que la escuches con mucha atención, es tu regalo. ¿Puedo continuar?

—... Adelante.

—El cachorro tenía una gracia que derretía el corazón a cualquiera. Caminaba tan rápido que caía de bruces, el pequeño metía las narices aquí y allá, se atoraba en cualquier lugar estrecho y escondrijo. Cualquier travesura que tuviera que ver con zapatos rotos, calcetines hurtados en medio de una carrera desesperada o ver su pequeño y tierno hocico asomado en cualquier agujero de algún mueble, lo hacía el centro de atención en donde orbitaba la alegría. Pero el tiempo es una mano que a todos nos destina el cambio. Cuervo creció y su ternura inicial había quedado atrás. En su lugar, solo vimos los terribles inconvenientes de tener un perro de talla grande: dejamos de mirar los ojos crepitando de amor porque el olor de su mierda ocupaba nuestro tiempo, del mismo modo, que el suelo mapeado por la orina al que debíamos tallar con agua y desinfectante. Nos volvía locos sus ladridos en la madrugada, otras veces sus aullidos a la Luna o a la noche que eran lamentos que perturbaban el sueño y el descanso. Cuidábamos que no saliera encarrerado cada que la puerta se abría, los paseos al parque para entretenerlo se hacían tediosos, los pelos en la ropa era otra molesta huella de su amor. También vimos la cantidad de costales de croquetas que necesitaba para alimentarse, todo lo que empleábamos en él resultaba un sacrificio. Cuervo se había convertido en un compañero aborrecible. En casa crecimos con una filosofía de vida que se ponía en práctica y fue mi primera lección dolorosa en mi niñez: «Si molesta, bóvalo». Para ese entonces Cuervo era una existencia libre e inconsciente de que nos daba trabajo y obligaciones fastidiosas. Un día mi hermano mayor me dijo que lo acompañara. Cuervo y yo creímos que se trataba de un paseo en camioneta. Mi hermano condujo dos horas, bordeando los límites de la ciudad, siempre en carretera. Detuvo el vehículo en medio de la nada. Descendimos. Mi hermano jugó con Cuervo lanzando una vara. El can la traía de regreso pese a las distancias cada vez mayores. En el último lanzamiento mi hermano me ordenó subir a la camioneta. Corrió hacia el volante, arrancó y pisó el acelerador. Recuerdo ver el pasaje alejarse en medio de lágrimas. La figura de Cuervo se fue desvaneciendo entre el

vaho que desprendía el pavimento, los rayos del sol y la sal en mis ojos. Durante el camino observé a varios perros atropellados y fue cuando se me ocurrió esa extraña teoría sobre los perros suicidas. Al regresar a casa no hablé con nadie y me senté frente a la puerta, esperando a que volviera Cuervo. Yo no lo dejé de amar, a pesar de que había cambiado. A partir de ese día mi atención se concentró en reconocer entre los perros atropellados a Cuervo, y como fueron varios meses y demasiados los cadáveres en carretera, mi teoría tomó mayor fuerza: los perros abandonados se arrojan intencionalmente a los autos. Concluí que lo hacían por la tristeza y el terror a estar solos, porque son nada cuando sus humanos les conceden una muerte terriblemente lenta. Sin comida. Sin agua. Sin la vida como la habían conocido. Y el corazón deshecho. Me decía, estos perros decidieron morir pronto no por hambre o sed, sino por la tristeza que les recuerda el rodar de las llantas sobre la grava del pavimento. Probablemente creyeron que se trataba de un nuevo juego y que más tarde regresarían por ellos, pero después de varias desilusiones, realizaban la última carrera desenfundada y recibían a los autos en direcciones encontradas. Así eran menos desdichados. y solo bajo esta historia logré explicarme la razón de tantos peludos pudriéndose en carretera.

Cielo quedó perpleja, no supo por qué le hablaba del abandono de un perro. La historia le afectó el ánimo y no podía disimularlo.

—¿Qué pretendes con esa historia?

—¿Ya no te queda nada de ese perfume? ¿Ya no lo venderán más?

—¿Qué chingados tiene que ver tu historia con el perfume? —Olaf detuvo el auto y miró con fijeza la puerta del lado del copiloto—.

—¡Bájate!

—¡¿Que me baje?! Estás bien pinche loco. Vete a la mierda —azotó con visible enfado la puerta—. No te atrevas a buscarme.

Dio marcha al auto. La distancia se hizo inmensa e irreconciliable entre los dos. Durante el camino Olaf lloró la historia de Cuervo y la ausencia del perfume en el cuerpo de Cielo.